



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE  
MADRID

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**  
**GRADO EN HISTORIA**  
**TRABAJO DE FIN DE GRADO**

**TÍTULO: LA MASCULINIDAD OBRERA EN ESPAÑA (1875-1931). ANÁLISIS  
DE LOS DISCURSOS SOCIALISTAS Y LIBERALES**  
SPANISH WORKING CLASS MASCULINITY (1875-1931). SOCIALIST AND  
LIBERAL DISCOURSE ANALYSIS.

AUTOR: CARMEN CHAMARRO SANTAMATILDE

TUTOR: ÓSCAR BASCUÑÁN AÑOVER

CURSO ACADÉMICO: 2020-2021  
CONVOCATORIA: JUNIO

Resumen: El presente trabajo se acerca a los discursos socialistas y liberales sobre masculinidad obrera, elaborados desde el último tercio del siglo XIX hasta los años treinta del pasado siglo XX, a través de una exhaustiva revisión bibliográfica. Los arquetipos obreros que se proponen desde el discurso socialista y el liberal rivalizan por consolidarse en la sociedad como la masculinidad hegemónica que prevalece sobre el resto. Los escasos debates históricos en torno a la masculinidad obrera en España se articulan a través de la comparación entre estos distintos tipos de “ser hombre”, sobre la base de los elementos discrepantes existentes en cada discurso. En la presente disertación se confrontan el tipo de hombre propuesto para el obrero por el discurso socialista y por el liberal, pero, una vez reconocidos los matices propios de cada uno, se plantea un nuevo enfoque que busca obtener una serie de elementos en común, como el ensalzamiento del valor del trabajo o la crítica a la figura del Don Juan.

Palabras clave: masculinidades; género; clase obrera; discursos; socialismo; liberales; identidad.

## ÍNDICE

|   |           |
|---|-----------|
| <b>INTRODUCCIÓN .....</b>   | <b>4</b>  |
| Justificación y razonamiento.....   | 4         |
| Objetivos.....  | 5         |
| Fuentes y bibliografía .....  | 7         |
| <b>1.RELACIONES DE GÉNERO Y MASCULINIDAD EN LA ESPAÑA<br/>    CONTEMPORÁNEA .....</b> | <b>12</b> |
| <b>2.DISCURSOS SOCIALISTAS Y LIBERALES SOBRE LA MASCULINIDAD<br/>    OBRERA.....</b>  | <b>17</b> |
| <b>3 DIFERENTES DISCURSOS, UN MISMO MODELO DE MASCULINIDAD ..</b>                     | <b>26</b> |
| 3.1. La contrafigura del Don Juan.....  | 26        |
| 3.2. El valor del trabajo .....   | 31        |
| <b>CONCLUSIONES .....</b>   | <b>35</b> |
| <b>RELACIÓN BIBLIOGRÁFICA .....</b>   | <b>43</b> |

## **INTRODUCCIÓN**

### **Justificación y razonamiento**

El tema elegido para el Trabajo de Fin de Grado es la construcción de la masculinidad en el movimiento obrero. Para ello, se ha acotado el campo de estudio sobre la base de un marco temporal concreto: 1876-1931. La Constitución de 1876 se consolida como una de las bases de la Restauración de la dinastía Borbón en España. En este contexto, comienzan a elaborarse una gran cantidad de discursos en torno a la figura del obrero, los cuales parten desde diversos sectores de la sociedad española del momento. Sin embargo, todos poseen un marcado carácter paternalista, y persiguen un mismo objetivo: controlar al obrero e intervenir sobre la clase trabajadora. El inicio de la Segunda República es la fecha final que acota la presente investigación, momento en el que cambia el cariz de estos discursos. Por otro lado, el análisis de las fuentes se ciñe a un marco espacial determinado, España, al ser el movimiento obrero español el objeto de estudio.

En la actualidad, los estudios de género se han consolidado como un campo de estudio especializado de las Ciencias Sociales. Sin embargo, dentro de este, la historia de las masculinidades es una línea de investigación poco desarrollada en España. Por este motivo, mi trabajo posee un gran interés académico. En primer lugar, aborda un objeto de estudio que, hasta hace pocos años, ha sido considerado secundario dentro de los estudios de género españoles. Esto ha derivado en la existencia de un menor número de trabajos académicos que pertenezcan a la categoría de estudios del hombre, realizados desde una perspectiva histórica. Son contribuciones aisladas y discretas, que no presentan un espacio propio dentro de la historiografía española. En segundo lugar, la presente bibliografía muestra una recopilación de los títulos más relevantes sobre la masculinidad, enfocados en torno a la clase obrera española. No obstante, no contamos con una recopilación bibliográfica básica que ponga en relación los distintos estudios ya realizados sobre la masculinidad obrera en las últimas décadas del siglo XIX y el primer tercio del XX. Esto es algo que puede resultar útil, al consistir en un punto de partida desde el que orientar otras investigaciones en este campo tan poco explorado, en comparación con otros

que pertenecen también a la llamada cuestión de género. En tercer y último lugar, la mayor parte de la producción académica centra su foco de atención en el siglo XX, especialmente en las décadas de 1920 y 1930. Esta escasez de fuentes secundarias abre una línea de investigación poco explorada, en la que se hace necesaria la tarea de un historiador que enlace las últimas décadas del XIX con las primeras del XX, poniendo en relación estos dos siglos y los dos principales discursos sobre el hombre: el liberal y el socialista. De esta forma, se aporta una más que necesaria visión de conjunto sobre el tema, enriqueciendo los estudios del hombre y de género. El estudio de las masculinidades obreras es un tema de gran importancia que, lamentablemente, es un terreno de investigación poco explorado en España.

### **Objetivos**

La presente investigación analiza los distintos discursos en torno a la masculinidad del obrero español elaborados entre 1875 y 1931. En este periodo de tiempo se producen y confluyen numerosas masculinidades, condicionadas tanto por el sector de la sociedad del que parten como por la realidad social del momento. De cara a delimitar el objeto de estudio, el análisis realizado en este trabajo se centra en los modelos de hombre propuestos por el socialismo y los discursos liberales.

Las escasas investigaciones sobre masculinidad obrera en España se articulan a través de la comparación de distintos tipos de “ser hombre”. Estos estudios parten de la confrontación de dos o más arquetipos obreros producidos por distintos sectores de la sociedad española. Los modelos de hombre varían necesariamente sus características según el discurso en el que estén inscritos y con el devenir de los acontecimientos sociales, hecho que se reconoce en las investigaciones. La comparación entre distintos modelos de hombre exige una estatización de la masculinidad, dando lugar a investigaciones que congelan en el tiempo dos arquetipos y los enfrentan entre sí, extrayendo conclusiones sobre la base de sus diferencias.

Mediante el presente trabajo, se pretende tomar un rumbo nuevo en la investigación y ensalzar las semejanzas existentes entre las distintas formas de

“ser hombre” propuestas por el sector socialista y liberal. Pese a que estos modelos experimentan una evolución desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, los dos mantienen una serie de características en común que se procuran poner de relieve en esta breve disertación. Los arquetipos obreros que se proponen desde el discurso socialista y el liberal buscan consolidarse en la sociedad como la masculinidad hegemónica que prevalece sobre el resto. La masculinidad hegemónica es resultado de la competición entre las distintas masculinidades normativas, es decir, entre los modelos de hombre moralmente aceptados por el conjunto social. El presente trabajo reconoce la existencia de numerosas masculinidades subalternas, pero su papel en este será servir de referente para la definición por contrario que realizan socialistas y liberales para abordar la masculinidad propia. Las masculinidades consideradas subalternas influyen sobre las normativas, y constituyen un interesante campo de investigación para futuras investigaciones.

En la lucha por la prevalencia de su modelo de hombre, se pretende analizar cómo los socialistas y liberales estructuran la identidad y la acción de los trabajadores españoles de diversas formas. Por ejemplo, tratan de conectar con elementos arraigados en la subjetividad de los trabajadores, un recurso ampliamente utilizado por los socialistas. Por su parte, los discursos liberales quieren influir en la clase trabajadora sobre la base de la cientificidad de sus argumentos. Sin embargo, permanecer en esta línea de pensamiento sería producir otro estudio más centrado en las diferencias que se encuentran en las dos masculinidades normativas. Para evitarlo, en la presente disertación se confrontan el tipo de hombre propuesto para el obrero por el discurso socialista y por el liberal, pero, una vez reconocidos los matices propios de cada uno, se busca obtener una serie de rasgos en común. Además del carácter paternalista que inunda su producción discursiva, este trabajo tiene como objetivo poner de relieve cómo el valor otorgado al trabajo es un pilar clave en la masculinidad de los dos sectores que, además, se proyectan hacia el arquetipo femenino obrero.

El ensalzamiento del valor del trabajo goza de un apartado concreto en el presente estudio, al ser uno de los principales rasgos en común que defienden socialistas y liberales para la masculinidad obrera. Por otro lado, el modelo de hombre propuesto por los dos sectores es la antítesis de una importante figura

que, durante años, es sinónimo de la virilidad española: el Don Juan. Socialistas y liberales critican al Don Juan sobre la base de argumentos que son distintos entre sí. No obstante, demuestran cómo los dos sectores quieren desacreditar esta figura e imponer su modelo de hombre.

En el camino hacia la construcción de una masculinidad hegemónica, socialistas y liberales presentan cuestiones en común como el valor del trabajo y la crítica del Don Juan, así como una serie de rasgos compartidos que se pretenden poner de relieve durante la investigación. Sin dejar de reconocer las diferencias entre ambos y los matices propios, la presente disertación está enfocada en cómo los liberales y socialistas confluyen en distintos puntos a lo largo de la construcción de un arquetipo obrero.

### **Fuentes y bibliografía**

Desde el punto de vista historiográfico y en comparación con otros países, la historia de las masculinidades está poco desarrollada en España. Sin embargo, encontramos una serie de títulos reseñables que merecen una mención aparte dentro de este breve trabajo, firmados por autores como Nerea Aresti Esteban, Inmaculada Blasco Herranz, Richard Cleminson, José Javier Díaz Freire, Henar Gallego Franco, Miren Llona González o Mary Nash. En su mayoría, se tratan de estudios publicados a partir de la década de 1990, escritos por historiadores que abren camino al análisis de la masculinidad española dentro de la llamada cuestión de género<sup>1</sup>. Este enfoque de género de la masculinidad enriquece el estudio de la historia de las mujeres, y viceversa.

La historiadora Nerea Aresti Esteban sobresale por sus múltiples trabajos en torno a la masculinidad, las relaciones de género y los ideales de feminidad. Asimismo, dedica diversos estudios a la figura del Don Juan, cuyo análisis goza de un apartado particular en el presente trabajo. Sin embargo, se puede destacar algunos títulos en concreto que han guiado esta investigación, así como uno de sus últimos artículos<sup>2</sup>. Por otro lado, y aunque las obras de Inmaculada Blasco

---

<sup>1</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género», *Ayer*, 117 (2020), p. 334.

<sup>2</sup> Para el estudio de las masculinidades españolas en el siglo XX, véase Nerea ARESTI ESTEBAN: *Masculinidades en tela de juicio: hombre y género en el primer tercio del*

Herranz se centran en la postura de los sectores católicos sobre la mujer obrera, aportan también interesantes datos sobre la masculinidad del obrero<sup>3</sup>. Los temas abordados por Nerea Aresti Esteban e Inmaculada Blasco Herranz se han estudiado desde la disciplina de la historia a partir de la década de 1980 hasta la actualidad, pese a que España presenta cierto retraso historiográfico respecto de los países anglosajones. En lo relativo a autores como Richard Cleminson, sus trabajos abordan un tipo de masculinidades no normativas, desmontando así el mito de la masculinidad hegemónica. En cada contexto, junto a la masculinidad hegemónica, surgen una serie de masculinidades subalternas cuyo análisis enriquece el estudio<sup>4</sup>. La brevedad del presente trabajo impide ahondar en este interesante campo de estudio. Por otro lado, se debe mencionar a los historiadores José Javier Díaz Freire, Henar Gallego Franco o Miren Llona González, quienes han escrito múltiples investigaciones sobre la construcción de la identidad masculina, las relaciones de género o el orden social sexuado en el siglo XX<sup>5</sup>. En el año 2018, y sobre la base de un seminario internacional organizado por la Asociación de Investigación en Historia de las Mujeres en 2015, Henar Gallego Franco coordina una obra colectiva de importancia en el estudio de la masculinidad<sup>6</sup>. Este seminario incorpora la historia de las masculinidades formalmente en el campo de la historia de género en España. En la presente bibliografía se pueden consultar diversos artículos y obras de

---

*siglo XX*. Madrid, Cátedra, 2010; *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001. Su último artículo resulta también clave para la presente investigación, Nerea ARESTI ESTEBAN: «La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género», *Ayer*, 117 (2020), pp. 333-347.

<sup>3</sup> Inmaculada BLASCO HERRANZ (coord.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea: nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018.

<sup>4</sup> Richard CLEMINSON: «Marginados dentro de la marginación: prostitución masculina e historiografía de la sexualidad (España, 1880-1930)», en Pedro OLIVER OLMO y Santiago CASTILLO (coords.): *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 309-340.

<sup>5</sup> José Javier Díaz Freire destaca por sus estudios sobre el arquetipo del Don Juan, una definición de masculinidad muy criticada desde sectores socialistas y liberales, como se analiza más adelante en el presente trabajo. Véase José Javier DÍAZ FREIRE: «El Don Juan de Unamuno como crítica de la masculinidad en el primer tercio del siglo XX», en Nerea ARESTI ESTEBAN; Karin PETERS y Julia BRÜHNE (coords.): *¿La España invertida?: masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*, Granada, Comares, 2016, pp. 13-28.

<sup>6</sup> Henar GALLEGO FRANCO (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018.

estos historiadores que se acaban de mencionar. Finalmente, sobre el estudio de la historia de la masculinidad, destaca la obra coordinada por Mary Nash, cuya lectura facilita el encuadre de este trabajo: NASH, Mary (coord.): *Feminidades y masculinidades: arquetipos y prácticas de género*, Barcelona, Alianza, 2014. En ella, se estudian los distintos arquetipos femeninos y masculinos surgidos a lo largo del siglo XX en España, que influyen en los ideales de masculinidad vigentes en cada contexto. Por tanto, esta obra colectiva reparte a partes iguales su atención entre la masculinidad y la feminidad. Cada capítulo se centra en ejemplos concretos, y están ordenados de forma cronológica, facilitando la lectura de la obra. En esta última colaboran especialistas como la ya mencionada Nerea Aresti Esteban, quien presenta un exquisito ensayo sobre cómo la crisis del 98 significa también una crisis de la masculinidad nacional, afectada no sólo por la derrota y pérdida de las últimas colonias sino por la ridiculización que desde el extranjero se hace del hombre español. En los últimos años, la relación entre nación y masculinidad ha recibido una mayor y más que necesaria atención. La extensión de este trabajo impide profundizar en este interesante aspecto de la construcción de la masculinidad, que precisa de una dimensión de estudio que trascienda los límites marcados por la herramienta analítica del género. En este sentido, se hace acuciante la tarea de un historiador que incorpore los enfoques de historia política e incluso cultural al estudio histórico de las masculinidades: la masculinidad se construye no solo frente a la feminidad, sino también en contraposición a otros tipos de “ser hombre”, así como sobre la base de factores como la realidad social, la clase o la religión, entre otros<sup>7</sup>.

Por otro lado, el estudio de la postura socialista sobre el proletariado español cuenta con una amplia producción historiográfica, en la que destacan fuentes primarias como las obras de Álvaro de Albornoz o Ángel Marvaud, así

---

<sup>7</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La historia de las masculinidades...», p. 336. Esta autora reflexiona también sobre las distintas categorías analíticas que deben dirigir el estudio de la historia de las masculinidades en Nerea ARESTI ESTEBAN: «La historia de género y el estudio de las masculinidades. Reflexiones sobre conceptos y métodos», en Henar GALLEGU FRANCO (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018, pp. 173-193.

como diversos periódicos, tales como *El Socialista*, *El Porvenir del Obrero*, etc.<sup>8</sup>. Asimismo, contamos también con numerosas fuentes secundarias: en el presente estudio se ha hecho uso de investigaciones firmadas por Félix Luengo Teixidor o Manuel Pérez Ledesma, entre otros<sup>9</sup>. Si se desea profundizar en aspectos concretos del arquetipo de obrero consciente, es necesaria la consulta de las numerosas obras de Ricardo Campos Marín. Este autor estudia a fondo cuestiones concretas sobre el obrero, como el problema del ahorro y el alcoholismo, así como el valor del trabajo y la higiene en las clases obreras españolas. En obras colectivas, Ricardo Campos Marín se une a expertos de las disciplinas de medicina y psicología, como el doctor Rafael Huertas García-Alejo, creando así un diálogo interdisciplinar que enriquece el estudio histórico. En la bibliografía del presente trabajo se recogen distintos títulos de Ricardo Campos Marín, convenientes para el tema que nos ocupa.

Finalmente, la cuestión social en España y la sociabilidad obrera gozan de un amplio repertorio bibliográfico, donde se pueden destacar para este estudio las investigaciones de María Dolores de la Calle y, de nuevo, Félix Luengo Teixidor<sup>10</sup>. La evolución de las relaciones de género y el surgimiento del movimiento feminista en España a lo largo de la edad contemporánea son temas ampliamente estudiados, en los que un buen punto de partida es el excelente trabajo de la historiadora Rosa María Capel. Aunque la bibliografía presentada hace referencia al caso exclusivo de España, la historia de la masculinidad goza de numerosos estudios en países de habla anglosajona. Pese a que el presente trabajo es limitado, es inevitable mencionar los trabajos de Catherine Hall y Raewyn W. Connell<sup>11</sup>.

---

<sup>8</sup> Álvaro DE ALBORNOZ: *La instrucción, el ahorro y la moralidad con respecto a las clases trabajadoras*, Lueca, Talleres Gráficos Manuel Méndez, 1900; Ángel MARVAUD: *La cuestión social en España*, Madrid, Revista del Trabajo, (reed.) 1975; Carlos BLANCO SOLER: «Concepto biológico de la varonilidad», *El Socialista*, 28 de abril de 1926.

<sup>9</sup> Véase Félix LUENGO TEIXIDOR: «Socialismo y “cuestión social” en la España de la Restauración», *Revista de Historia Contemporánea*, 29 (2004), pp. 735-758; Manuel PÉREZ LEDESMA: *El obrero consciente*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

<sup>10</sup> M.<sup>a</sup> Dolores DE LA CALLE: *La Comisión de Reformas Sociales 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1989.

<sup>11</sup> Catherine HALL: *White, Male and Middle-class. Explorations in feminism and history*, Nueva York, Routledge, 1992; Raewyn W. CONNELL: *Which Way is Up? Essays on Class, Sex*

Como se ha podido observar, la mayor parte de investigaciones académicas tienen como objeto de estudio el siglo XX, priorizando las décadas de 1920 y 1930. En este contexto, se produce en España una importante evolución en las relaciones de género, así como una serie de cambios sociales y culturales que alteran la realidad social y cuestionan el orden establecido, como el fenómeno del feminismo. No obstante, las investigaciones sobre la historia de la masculinidad tienden a situar en un segundo plano los antecedentes; es decir, no se destacan los modelos de masculinidad que suceden con anterioridad. En el siglo XIX se sientan las bases de una masculinidad romántica sobre la base del honor que ha recibido una menor atención por parte del estudio histórico<sup>12</sup>. Asimismo, en este siglo surgen nuevas masculinidades que responden a alteraciones en la realidad social, como el regeneracionismo, la crisis del 98 y a nuevos modelos impulsados desde los discursos liberales<sup>13</sup>. Encontramos un gran número de interrogantes por resolver en lo relativo al estudio de las masculinidades en el siglo XIX. Todas estas investigaciones enfocadas a este siglo quedan recogidas en un apartado bibliográfico al final de este breve ensayo, así como otras, en mayor número, destinadas a cubrir el estudio del siglo XIX. Esta carencia de investigaciones enfocadas al siglo XIX inaugura una línea de investigación poco explorada, en la que se hace imprescindible la tarea de un historiador que conecte los discursos producidos durante las últimas décadas de este con aquellos que suceden en las primeras del XX. Se debe poner en relación la realidad social de estos dos siglos y los dos principales modelos de masculinidad, que son a la vez los protagonistas de este breve trabajo: el liberal y el socialista. Como resultado se obtendría una más que necesaria visión de conjunto sobre la masculinidad obrera, enriqueciendo así los estudios del hombre y de género.

---

*and Culture*, Sydney, Allen & Unwin, 1983; ÍD: *Masculinities*, Cambridge, Polity Press, 1995.

<sup>12</sup> Pese a esta afirmación, encontramos ciertos títulos a destacar. Véase Jordi LUENGO LÓPEZ: «Masculinidad reglada en los lances de honor: desafíos burgueses en el cénit del fin de una época (1870-1910)», *Rúbrica Contemporánea*, 13 (2018), pp. 61-74.

<sup>13</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La historia de las masculinidades...», p. 338.

## **1. RELACIONES DE GÉNERO Y MASCULINIDAD EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA**

La inclusión de una perspectiva de género en el estudio histórico enriquece el análisis de la realidad social de España. Además, facilita un diálogo interdisciplinar y una serie de avances respecto de la situación académica anterior. En la actualidad, los estudios sobre la masculinidad no consisten en una serie de investigaciones que presentan una narración en la que el hombre es el único protagonista. La historia de las masculinidades se engloba dentro de la cuestión de género, y constituye una necesaria renovación en la historiografía española. Por tanto, el hombre no es el sujeto de estudio universal, sino que es tratado como un ser sexuado y cuya masculinidad se construye en comparación con las mujeres e, incluso, con otros hombres. Frente a las primeras, encontramos los privilegios patriarcales; frente a otros tipos de masculinidad, aparecen factores como la clase, la nacionalidad, la orientación sexual. En la red de relaciones de poder entre hombres y mujeres en la España contemporánea, el orden patriarcal otorga una serie de privilegios a los primeros que oprimen a las segundas; por tanto, el criterio de género prevalece<sup>14</sup>. Asimismo, privilegia a unas masculinidades sobre otras: estas últimas se deben pensar como diversas. Coexisten y rivalizan entre sí, condicionadas por factores como la clase social, el contexto, etc. Los sujetos se ven interpelados por discursos que tratan de moldear y condicionar tanto su modelo de identidad de género como sus relaciones sociales<sup>15</sup>. Estos discursos varían con el tiempo y son diversos, por lo que, para acotar el campo de estudio, en el presente trabajo se tomarán en cuenta el liberal y el socialista. No obstante, se debe reconocer la presencia de otras voces importantes en la creación de arquetipos obreros, que parten desde los sectores católicos, anarquistas o krausistas, entre otros.

Como acabamos de mencionar, encontramos numerosas formas de “ser hombre” en un complejo entramado de relaciones de género y poder. La

---

<sup>14</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La historia de género y el estudio de las masculinidades...», en Henar GALLEGO FRANCO (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, pp. 174-176.

<sup>15</sup> ÍD: «Ideales y expectativas: la evolución de las relaciones de género en el primer tercio del siglo XX», *Gerónimo de Uztariz*, 21 (2005), p. 67.

introducción de una perspectiva de género como categoría de análisis ha facilitado en el estudio de la denominada masculinidad normativa. Este concepto hace referencia al modelo de hombre aceptable en un contexto social y en un momento determinado. Es un término excluyente que rechaza cualquier otro tipo de arquetipo de hombre, estableciendo así una jerarquía de masculinidades. El término puede inducir a errores, por lo que se hace necesario aclarar que pueden (y suelen) coexistir distintas masculinidades normativas, pese a que suele alzarse alguna sobre el resto. Esta se denomina masculinidad hegemónica, un fenómeno analizado por Raewyn W. Comell en la década de 1980, entre otros<sup>16</sup>. La hegemonía de una masculinidad sitúa a las otras en una categoría de subordinación o alteridad, definiéndose a sí misma en oposición a estas. Esta masculinidad hegemónica es, en muchas ocasiones, un ideal a alcanzar más que una realidad social anclada en el momento histórico. En el presente trabajo, analizaremos dos discursos de masculinidad obrera aparentemente opuestos entre sí, el liberal y el socialista, en la España del segundo tercio del siglo XIX y primeras décadas del XX.

La llegada del siglo XIX trae consigo nuevas ideas y avances tecnológicos. El mundo se muestra más conectado que nunca: las opiniones comienzan a traspasar países y continentes rápidamente, gracias a la invención del ferrocarril, así como a la del telégrafo, el teléfono o la radio. Por otro lado, más de cuatro mil periódicos informan a diario a los ciudadanos del mundo; todos ellos expresan ideas y generan opinión en una población creciente<sup>17</sup>. Las ciudades reciben cada vez un mayor número de habitantes, y en ellas se concentra una masa ciudadana más concienciada.

Esta convivencia en sociedad fuerza a los individuos a actuar sobre la base de unos códigos de comportamiento concretos. A su vez, estos últimos se ven condicionados por multitud de factores: económicos, sociales o de género, entre otros. De esta forma, se crean arquetipos o figuras a seguir: de forma paralela a la modernización de otros países, en España surgen discursos de

---

<sup>16</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La historia de género y el estudio de las masculinidades...», en Henar GALLEGU FRANCO (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, pp. 176-179.

<sup>17</sup> Eric HOBBSBAWN: *Las revoluciones burguesas*, Punto Omega, Londres, 1982, p. 526.

corte liberal en torno a la virilidad masculina que no cuestionan la realidad social ni las relaciones de género, sino que refuerzan el orden establecido. Sin embargo, estos discursos poseen un marcado carácter crítico hacia “el otro”; es decir, hacia otros modelos de masculinidad. Se puede mencionar como ejemplo el progresivo desprecio hacia la figura del Don Juan, que presenta a la juventud española como un conjunto de hombres sin autocontrol, con tendencia a la infidelidad, al derroche y a la irresponsabilidad paterna<sup>18</sup>. Frente a esta imagen, que analizaremos con más detenimiento a lo largo de la presente investigación, surgen réplicas que instan a los ciudadanos a abrazar los que se consideran como los verdaderos valores del hombre español. Esto condena al resto de masculinidades a ser tildadas de afeminadas, degeneradas o barbáricas y, a los hombres que las presentan, a ser sometidos de cara a proteger el orden moral de la sociedad española.

En lo relativo a las relaciones de género y a la realidad social en España, la modernización altera de forma paulatina la configuración de la sociedad de finales del siglo XIX. Las leyes y la moral dominante protegen los privilegios masculinos hasta la llegada de la Primera Guerra Mundial, la cual comienza a modificar el orden establecido en Europa. No obstante, factores como una alta tasa de analfabetismo o el peso de la religión cristiana hacen que perdure en España la hegemonía de un modelo patriarcal de familia, así como un arquetipo de masculinidad que protege los privilegios del hombre frente a la mujer. Por este motivo, encontramos un alto número de elementos de continuidad en las relaciones de género de los españoles, los cuales ralentizan los síntomas de modernidad en la sociedad. Desde finales del siglo XIX y hasta mediados de la década de 1920, se contiene a las mujeres en el espacio privado y se mantiene de forma inalterable una serie de concesiones hacia los hombres que las perjudican. Esto se ve reflejado en distintos aspectos, como en la responsabilidad paterna. A partir del siglo XVIII, se produce una involución en la legislación que obliga al hombre a responsabilizarse de aquellos hijos concebidos fuera del matrimonio. Este proceso recorta las posibilidades de las

---

<sup>18</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La peligrosa naturaleza de Don Juan. Sexualidad masculina y orden social en la España de entreguerras», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40 (2018), pp. 30-31.

mujeres para reclamar a un hombre que asuma la paternidad de sus hijos. El Proyecto de Código Civil de 1851 elimina la investigación de la paternidad<sup>19</sup>. El Código Civil de 1889 establece solo tres situaciones en las que el hombre debe reconocer al hijo: si es fruto de una violación, resultado de la seducción de una mujer entre doce y veintitrés años sobre la base del engaño o en caso de raptó<sup>20</sup>. En contraste con lo anterior, la maternidad siempre podía ser investigada, perjudicando gravemente a las mujeres, especialmente a aquellas de origen más humilde.

Los procesos renovadores alteran la realidad social de España, por lo que comienzan a surgir discursos que critican el tipo de masculinidad que relega a las mujeres al ámbito doméstico. Mujeres como Rosario de Acuña alzan su voz para reclamar su lugar en el espacio público: pelean por la dignificación de la mujer por sí misma, tratando de abrir nuevos posibles en los que pudiera desarrollarse no solo como esposa o madre, sino como persona. Algunas mujeres tratan de diseñar modelos de feminidad desde finales del siglo XIX, condicionando así también nuevos modelos de masculinidad. Sin embargo, son los discursos liberales y los socialistas quienes mayor influencia tienen sobre el modelo de hombre a seguir.

Tras la experiencia de la Primera Guerra Mundial, la transformación de las relaciones de género es tangible hasta en España. Durante el primer tercio del siglo XX se articula el feminismo español, mostrando cierto retraso cronológico con respecto a otros países, como los Estados Unidos o Inglaterra. Muchas de las demandas no se dirigen a la búsqueda de una igualdad, sino a una diferenciación productiva que no altera las relaciones de género. Además, se vincula a ideologías concretas, como el socialismo o el catolicismo. Este último favorece el retraso cronológico de España<sup>21</sup>. Comienzan a surgir demandas en contra de la legislación española del momento, la cual discrimina a las mujeres por razón de sexo y/o estado civil: son dependientes de la tutela

---

<sup>19</sup> ÍD: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas...*, p. 187.

<sup>20</sup> Ídem.

<sup>21</sup> Richard CLEMINSON: «The Construction of Masculinity in the Spanish Labour Movement: A Study of the *Revista Blanca* (1923-1936)», *International Journal of Iberian Studies*, 3 (2011), p. 205.

masculina, pero reciben las mismas penas que los hombres, o incluso peores en casos de delitos sexuales. Por otro lado, encontramos un progresivo rechazo hacia la figura del Don Juan que demuestra los intentos de una gran parte de la sociedad española por limitar el libre ejercicio de las pulsiones sexuales masculinas. Sin embargo, las propuestas lanzadas en este contexto de nueva sensibilidad y “civilización” están dirigidas a la rehabilitación de la madre soltera y de su descendencia, dejando el papel jugado por el hombre en un segundo plano. Durante las décadas de 1920 y 1930, se produce una redefinición de los ideales de género, en la que sobresale la figura de Gregorio Marañón<sup>22</sup>. Su discurso llega a alcanzar a los medios socialistas, quienes recogen de él la importancia de hacer entender al hombre sus obligaciones específicas y, de entre ellas, el valor del trabajo. Marañón aboga por superar las nociones caballerescas de “galantería española”, feminizando los arquetipos que las representan, como el Don Juan, para implantar un modelo de virilidad moderno. Esta masculinidad, adaptada a los principios del liberalismo burgués, crearía un hombre trabajador, responsable y cuyas razones dominasen a sus pasiones. Refuerza la diferenciación sexual sobre la base de criterios biológicos: para Marañón, las mujeres no son inferiores, sino distintas a los hombres, tanto fisiológica como funcional y psicológicamente<sup>23</sup>. No obstante, las insta a abrazar lo que él considera como su verdadero papel en la vida, la maternidad<sup>24</sup>.

La cuestión femenina se encuentra intrínsecamente unida a la definición de la masculinidad y a la cuestión social. Para el socialismo, que no es ajeno a las reivindicaciones feministas, la emancipación de la mujer es durante mucho tiempo una consecuencia más que traería la emancipación de la clase obrera. De esta forma, perpetúa unos modelos de género hegemónicos, con valores en común con la clase liberal: por ejemplo, la mujer de la clase trabajadora apoyaría la causa obrera en tanto que madre y esposa de obreros, y no por ella en sí misma. A la hora de estudiar el arquetipo de obrero consciente que busca el socialismo, es interesante también analizar de forma breve su posición respecto de la cuestión femenina. A raíz del fin de la Primera Guerra Mundial y la nueva

---

<sup>22</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42 (2012), p. 57.

<sup>23</sup> ÍD: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas...*, p. 108.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 193.

realidad social, se comienza a conjugar los problemas de clase con los de género, y surgen iniciativas en favor de la obrera, como la creación de casas de maternidad, por ejemplo. Resulta casi paradójico pensar que las distintas ideas de progreso, justicia y modernidad que parten del sector socialista, conviven casi sin fricciones con la reproducción de unas relaciones de género tradicionales y patriarcales. De hecho, en el arquetipo de obrero consciente encontramos valores en común con el modelo de hombre que concibe la clase liberal. Para poder comprender esta situación, a priori incongruente, se hace necesario dejar situarse en el contexto social del momento, ahondar en los ideales de género de la clase obrera y no juzgar el pasado desde una visión anclada en el presente.

## **2. DISCURSOS SOCIALISTAS Y LIBERALES SOBRE LA MASCULINIDAD OBRERA**

Pese a que el presente trabajo señala aspectos en los que socialistas y liberales convergen, como el trabajo y el ahorro, se hace necesario mencionar aquellas características que diferencian parcialmente la masculinidad socialista de la liberal. En este sentido, sobresalen valores como la conciencia, lucha y defensa de la clase obrera, impulsados desde el sector socialista. En la formación de la clase obrera juega un papel esencial la narrativa socialista, que trata de impulsar y difundir en la sociedad una conciencia de clase. Para ello, se hace uso de acontecimientos emocionales concretos que apelen a las subjetividades de los trabajadores. Esto tiene lugar en las últimas dos décadas del siglo XIX, un periodo de crisis política y social en España en el que se producen fisuras en el orden establecido.

La burguesía y los discursos liberales contemplan a la clase trabajadora como una amenaza para el consenso de la sociedad española. Frente a esta imagen degenerada del trabajador, el lenguaje socialista produce discursos en los que exalta la lucha de clases, defiende la figura del obrero y exige un reparto más digno de los beneficios obtenidos por su trabajo. Este discurso apela a una serie de emociones colectivas de los trabajadores, reunidas en torno al sentimiento de ser víctimas de la organización socioeconómica capitalista y, por

tanto, miembros de una misma clase. De esta manera, los obreros empiezan a reconocerse a través de sus pésimas condiciones de vida y trabajo, encontrando experiencias en común y una misma aspiración de transformación social. Los socialistas canalizan este sufrimiento hacia la creación de un obrero consciente que luche por liberar a su clase de la explotación burguesa, mediante discursos en los que el antagonismo de clases toma cada vez un mayor protagonismo. Es decir, la emancipación propuesta por los socialistas es colectiva, puesto que hace referencia a toda la clase trabajadora, y se puede alcanzar de distintas formas. Aunque el propósito más elevado sería la constitución de una sociedad sin clases, existen también otras maneras de luchar por la emancipación de la clase trabajadora; un ejemplo de lo anterior podía llegar a ser comprar y leer el periódico *El Socialista*, afiliarse a la Casa del Pueblo o comportarse de forma respetuosa<sup>25</sup>. El Partido Socialista trata de establecer agrupaciones locales por zonas geográficas como una unidad básica de organización: las reuniones, periódicas, difundirían el programa socialista y encauzarían el funcionamiento del partido<sup>26</sup>. No obstante, se debe mencionar cómo el obrero desconfía de la efectividad de cualquier acción política para alcanzar sus reivindicaciones; por ello, en muchas ocasiones opta por otras vías y estrategias de acción colectiva fuera de la influencia socialista.

La clase trabajadora española experimenta un sentimiento de humillación colectivo que el socialismo trata de dotar de una dimensión política, de cara a dirigir esa vergüenza pública hacia la creación de un obrero como sujeto político. De esta forma, la burguesía queda situada en el papel de un “otro”, el cual se dirige hacia los trabajadores a través de diversas emociones<sup>27</sup>. Desde la burguesía y las élites liberales se vigila con miedo al obrero, ante el posible peligro de una revolución, pero también con benevolencia y con paternalismo. Todo ello se encuentra influido por las teorías higienistas y de degeneración nacional del momento, que impulsan la creación de reformas sociales que regeneren a los obreros y, por tanto, protejan a la sociedad de la decadencia. El

---

<sup>25</sup> Francisco DE LUIS MARTÍN: «La cultura socialista en España: de los orígenes a la Guerra Civil», *Ayer*, 54 (2004), p. 206.

<sup>26</sup> Manuel PÉREZ LEDESMA: *El obrero consciente*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 46-48.

<sup>27</sup> Mercedes ARBAIZA VILALLONGA: «Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890)», *Ayer*, 98 (2015), pp. 50-52.

ideal burgués capitalista de hombre está enfocado en torno al valor del trabajo, como se ha reiterado a lo largo de este estudio; por ello, se ensalza el hombre “hecho a sí mismo” y se responsabiliza al obrero de su pobreza.

Se pueden destacar momentos concretos en los que los trabajadores experimentan estas emociones colectivas, canalizadas a posteriori por los socialistas hacia una dimensión política. En la Comisión de Reformas Sociales de 1884 se realiza una encuesta oral a casi treinta trabajadores, todos ellos de oficio, en el Paraninfo de la Universidad de Madrid. En este sentido, la clase obrera es tratada por las élites liberales como un objeto de estudio sobre el que teorizar y elaborar propuestas de mejora de cara a evitar la degeneración nacional y social. Esto ofende a los obreros, que se ven acusados de ser la razón principal de esto último. Las tentativas de reformas que mejoren las condiciones de vida de los trabajadores son escasas antes de la última década del siglo XIX. En 1883, Segismundo Moret, Ministro de Gobernación, impulsa la creación de una comisión que estudie cómo mejorar el bienestar de la clase obrera y otras cuestiones en torno a las relaciones entre el capital y el trabajo<sup>28</sup>. No obstante, en la realidad la Comisión está orientada a investigar las actividades obreras para poder controlar a la masa trabajadora, abordando aspectos como sus condiciones morales, materiales y de vida. Se inicia así una tarea de años en la que se recogen de primera mano experiencias de vida de trabajadores; sin embargo, la publicación de estos informes no llega hasta 1890. Esta llamada Comisión de Reformas Sociales es el germen del Instituto de Reformas Sociales, que nace el 23 de abril de 1903<sup>29</sup>.

Durante la elaboración del informe oral se viven momentos de gran tensión: los trabajadores, así como el público que asiste a las entrevistas, se sienten humillados por los miembros de la Comisión debido a sus condiciones de vida y trabajo. Sin embargo, a lo largo de estas últimas, el sentimiento de humillación deriva en indignación ante lo que consideran una injusticia que afecta al “yo colectivo” obrero<sup>30</sup>. Por tanto, hay una cohesión entre los trabajadores y parte de miembros del público como respuesta a las preguntas de la Comisión.

---

<sup>28</sup> Ángel MARVAUD: *La cuestión social en España...*, pp. 241-242.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 242.

<sup>30</sup> Mercedes ARBAIZA VILALLONGA: «Cuerpo, emoción y política...», p. 54.

Los entrevistados los acusan de hipocresía, al señalar cómo las leyes que deberían proteger al trabajador, especialmente aquellas relacionadas con la mujer y el niño, no se cumplen. Por ejemplo, en julio de 1873 se promete proteger a los niños y a las mujeres trabajadores en la industria, algo que tiene escasa aplicación en la práctica. El proletariado en España atraviesa numerosas dificultades para organizarse ante la situación de injusticia que viven, poniendo en peligro el orden establecido con sus reclamaciones. La Comisión de Reformas Sociales resulta ser un fracaso en tanto que las medidas legales en el terreno laboral apenas se cumplen en la práctica<sup>31</sup>.

El buen socialista es aquel que se compromete en la pugna por la dignificación del obrero. La figura del líder socialista, Pablo Iglesias, es mitificada; se destaca de él la existencia de sólo dos amores femeninos (su madre, Juana Posse, y su compañera, Amparo Meliá) y una serie de valores como la austeridad, la honradez, la abnegación y la rectitud. El Partido Socialista hace uso de la mitificación de la figura de Pablo Iglesias para inculcar en la clase obrera esta moralidad intachable. El obrero consciente debe abrazar una rígida actitud ética y rechazar el alcohol, ser laborioso y atento con su familia, etc.<sup>32</sup>. A su vez, el trabajador es un buen socialista si se dedica a la defensa de la emancipación obrera. Es decir, el socialismo trata de crear un modelo de masculinidad sobre la base de un hombre recto de carácter, formal, trabajador y ahorrador<sup>33</sup>. Además, este arquetipo de obrero consciente debe cumplir con sus deberes familiares y con la lucha por la emancipación. Se puede apreciar la diferencia de la masculinidad obrera producida por los discursos socialistas respecto de los liberales. El socialismo transmite una ideología política y una conciencia de clase, pero es innegable que también crea valores y formas de entender la realidad que, a su vez, trata de imponer sobre los obreros. Se pretende moldear las conductas obreras; en este sentido, la cultura se posiciona como un terreno en el que se pueden producir estas transformaciones<sup>34</sup>. Para conseguir el progreso de la clase obrera, el socialismo trata de educar y de elevar

---

<sup>31</sup> Manuel PÉREZ LEDESMA: *El obrero consciente...*, p. 255.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 144-145.

<sup>33</sup> Miren LLONA GONZÁLEZ: «Las contradicciones de la respetabilidad. Género y cultura política socialista en el primer tercio del siglo XX», *Historia, trabajo y sociedad*, 5 (2014), p. 47.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 46.

el nivel cultural de los trabajadores, transmitiéndoles una actitud ética enfocada a la laboriosidad. De esta forma, los obreros lograrían cierta respetabilidad dentro de la sociedad liberal. Se crea un arquetipo de obrero consciente al que aspirar, trabajador, abnegado y firme en la lucha por la dignificación de su trabajo. A través de esta figura, el socialismo pretende contrarrestar la visión negativa sobre el obrero que se transmite desde los distintos discursos liberales.

La burguesía liberal, junto con la aristocracia, mantiene unos elementos concretos de masculinidad que no siempre se trasladan a las clases obreras. Encontramos en ellos cierta idealización del honor caballeresco en el sentimiento personal del deber que abrazan, marcado por las pautas sociales y el modelo de masculinidad hegemónica. Para defender el honor propio, así como el de su familia o el de su amada, la burguesía podía enfrentarse entre sí en duelos sin perder por ello su distinción de caballeros. Esto no sucede en los hombres de las clases populares; para las élites, los hombres obreros no se enfrentan para salvaguardar el honor sino por otros motivos, dando lugar no a duelos sino a “peleas barriobajeras”<sup>35</sup>. En la era decimonónica, la masculinidad burguesa está en parte basada en la defensa de la honra, fuera la propia, la del nombre de la familia o la de la amada. Los duelos se alzan como una forma popular de las élites para defender su buen nombre, pero se llevan en silencio y con cautela al ser actos penados por el Código Penal desde 1870<sup>36</sup>. Sin embargo, se siguen llevando a cabo con relativa frecuencia entre militares, escritores, aristócratas e incluso políticos. El Partido Socialista prohíbe el duelo entre sus militantes, pero el propio Pablo Iglesias nombra en algunas ocasiones padrinos para batirse<sup>37</sup>. A pesar de lo anterior, la élite socialista española se ve influenciada por la burguesía liberal y los argumentos científicos del momento, en su creación de un modelo de masculinidad. La ciencia alcanza un gran prestigio a finales del siglo XIX y principios del XX, consolidándose como una fuente prácticamente irrefutable. Los argumentos científicos, ensalzados por los liberales, refuerzan la inferioridad femenina y, por tanto, la superioridad masculina. Este dualismo se puede observar en otras formas de concebir el mundo, como en la diferencia

---

<sup>35</sup> Jordi LUENGO LÓPEZ: «Masculinidad reglada en los lances de honor: desafíos burgueses en el cénit del fin de una época (1870-1910)», *Rúbrica Contemporánea*, 13 (2018), p. 64.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 77.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 61.

entre razón y fe o progreso e inmovilismo<sup>38</sup>. Pese a que la inferioridad femenina es superada en algunas escasas ocasiones, en las que la posición social y valores morales como la piedad prevalecen sobre el género, la idea de superioridad masculina cala en las clases populares<sup>39</sup>.

El golpe de estado de Primo de Rivera supone un breve lapso en el desarrollo de las relaciones de género. El inconsistente programa político que presenta posee una clara dimensión de género, basada en la recuperación de un modelo de hombre español que se considera en decadencia. Es un movimiento de hombres, como el mismo Primo de Rivera afirma desde el principio, que pretende combatir los vicios que aquejan a la nación y que la han abocado a la decadencia que atraviesa<sup>40</sup>. Se considera que las masculinidades no respetables, como los “afeminados”, no tienen cabida en el país, y que es prioritario superar la crisis de masculinidad nacional. Primo de Rivera trata de construir un proyecto moralizador sobre la base de la idealización del pasado: quiere rehabilitar un ideal de masculinidad nacional que sea católico y tradicional. Sin embargo, la debilidad del régimen facilita que prevalezca la idea de cambio de masculinidad, y no de renovación, enarbolada por liberales y socialistas. Esta perspectiva entra en colisión con la de Primo de Rivera, pero el colapso de la dictadura favorece que se extienda la necesidad de un cambio y no una renovación del ideal de masculinidad.

Las décadas de 1920 y 1930 modifican los discursos de superioridad masculina, que pasan a adquirir un matiz más sutil a la hora de afirmar lo anterior. De hecho, en muchas ocasiones se prefiere cambiar el concepto de “inferioridad” por el de “diferencia”; las mujeres no son inferiores, pero sí diferentes, y por eso su fin último, que es ser madres, difiere del de los hombres. Los cambios no se producen de forma radical, pero sí comienzan a influir de forma práctica sobre la realidad de algunas mujeres: la experiencia de la Primera Guerra Mundial es el punto de partida de este giro en las relaciones de género. La nueva concepción de las capacidades femeninas logra alterar la realidad social: en España, las mujeres se incorporan al trabajo y, paulatinamente, a la formación académica.

---

<sup>38</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «Ideales y expectativas»..., p. 71.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 68-69.

<sup>40</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: *Masculinidades en tela de juicio...*, p. 121.

Sin embargo, estos pasos son protagonizados por mujeres de la clase media y de la burguesía. Las obreras permanecen en una situación casi inalterable de explotación, mientras que las mujeres anteriormente mencionadas experimentan los avances. Las obreras no disponen ni del tiempo ni de los medios para poder recibir una educación o formación suficiente para ampliar sus horizontes. Asimismo, entrar en el mundo del trabajo fuera del hogar no es un mérito para ninguna obrera, sino un reflejo de la miseria que atraviesan: no trabajan por un avance en su posición en la sociedad, sino por dificultades económicas. Mientras la clase media y burguesía acceden a puestos en el sector terciario (comercio, enseñanza, etc.), la obrera permanece en trabajos como el de cigarrera, con condiciones muy duras.

El miedo al avance de las mujeres y a la indefinición sexual (el conocido como tercer sexo), llevan a los discursos liberales y socialistas a centrarse en la diferencia sexual entre hombres y mujeres. Las mujeres ya no son consideradas inferiores al hombre, o al menos no se afirma lo anterior tan abiertamente: son diferentes. Ya han demostrado sus capacidades durante la Primera Guerra Mundial, por lo que pronto los discursos se dan cuenta de que seguir negándolas no surte efecto en ellas. Por ello, se enfocan en persuadirlas para que renuncien al trabajo asalariado a cambio de una dignificación de su labor como madres. El papel que juega el hombre y, en particular, el obrero, es clave en la renegociación de los derechos y deberes de cada sexo<sup>41</sup>. Se busca un nuevo modelo de hombre desde los sectores liberales y socialistas que conseguiría que la mujer permaneciese en el hogar y abrazase la maternidad como su mayor deber. Este arquetipo se elabora sobre la base de la monogamia, la responsabilidad paternal, el autocontrol y el esfuerzo. Por ejemplo, para evitar que la mujer obrera tuviera que trabajar, el hombre debería mantener a su familia y garantizar el bienestar familiar con su salario. Hacia este fin se dirigen las demandas socialistas, que están basadas en la dignificación del obrero y de sus condiciones materiales de vida, así como en una fuerte propaganda en contra de la taberna, el juego, la promiscuidad y el derroche. En estos últimos puntos los socialistas coinciden con los sectores liberales, quienes, sobre la base de principios laicos y modernos,

---

<sup>41</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «Ideales y expectativas»..., p. 74 y pp. 77-78.

ensalzan el valor del trabajo, del ahorro y de la responsabilidad paterna. Pese a perseguir diferentes modelos de masculinidad, socialistas y liberales construyen arquetipos de hombre obrero con características en común. Asimismo, los dos sectores otorgan gran importancia al papel desempeñado por la ciencia, que condena aún más el trabajo femenino tras la Primera Guerra Mundial puesto que hace que la mujer “descuide” sus deberes naturales como madre. En este sentido, sobresale el papel desempeñado por Gregorio Marañón, considerado una voz de autoridad en la que muchos líderes socialistas se apoyan a la hora de legitimar su arquetipo de obrero<sup>42</sup>. Al criticar las injusticias sociales, conectan con elementos ya presentes en la subjetividad de la clase trabajadora, y los reconducen hacia el objetivo principal de crear un obrero consciente que luche por su emancipación y su dignificación. Retomando la idea anteriormente enunciada, encontramos líneas en común en los discursos socialistas y los liberales en la creación del modelo de masculinidad a seguir.

En primer lugar, se debe mencionar que el modelo ideal de hombre para los socialistas requiere la conquista de un salario digno<sup>43</sup>. Los trabajadores dejarían de ser esclavos mediante la emancipación económica que socave el poder de la clase dominante<sup>44</sup>. Mediante un salario digno, el obrero sería el único sostén de su familia, sin necesidad de verse en la miseria o de que otros miembros trabajaran. De esta forma, el sector socialista trata de reducir hasta eliminar el trabajo femenino, realizado en unas peores condiciones que los hombres. Los discursos liberales, así como médicos e higienistas, abogan también por la permanencia de las mujeres en el hogar, pero difieren del sector socialista sobre las causas por las que estas deben trabajar. Acusan a los obreros de ser egoístas y de derrochar el salario, obligando así a trabajar a sus mujeres: ellos son la razón de los apuros económicos de la familia que fuerzan a la obrera al trabajo<sup>45</sup>. En respuesta, los socialistas defienden a los hombres de la clase trabajadora, acusando al capitalismo de esta situación. Para ellos, las mujeres tienen una serie de responsabilidades para con su familia, de entre las

---

<sup>42</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas...*, p. 232.

<sup>43</sup> Ricardo CAMPOS MARÍN: *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1877-1923)*, Madrid, CSIC, 1997, pp. 198-199.

<sup>44</sup> Manuel PÉREZ LEDESMA: *El obrero consciente...*, p. 181.

<sup>45</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas...*, p. 230.

que destacan el mantenimiento de una casa limpia, que la familia estuviera bien alimentada y vestida, etc. La obrera consciente es aquella madre que busca la prosperidad de sus hijos, apoya a su marido y, además, es fuerte, saludable y robusta. Este ideal de respetabilidad es imposible de alcanzar si la mujer debe repartir su tiempo entre las actividades domésticas y un trabajo asalariado. Que una mujer tuviera que trabajar significaba un estado de aguda escasez en la economía familiar, pese a ser una situación bastante común. Por ello, los socialistas buscan la conquista de un salario para el obrero que garantice la supervivencia familiar. Además, en respuesta a la acusación de egoísmo, el socialismo defiende al obrero atacando a los liberales. Señala a los señoritos y a los donjuanes de carecer de moral, al hacer uso de su condición privilegiada para abusar de las más humildes que se ven abocadas a trabajar en sus hogares<sup>46</sup>. Pese al continuo cruce de acusaciones, tanto liberales como socialistas emprenden proyectos de legislación laboral que tratan de proteger a las mujeres, especialmente a aquellas que son madres, y a la infancia. Asimismo, hasta la llegada del siglo XX y la experiencia de la Primera Guerra Mundial, los dos sectores conciben como prioritario que la mujer no abandone el hogar. De esta manera, encontramos el primer pilar que construye el arquetipo del obrero consciente: el trabajo. Este valor, repetido tanto en discursos liberales como socialistas, será analizado con una mayor profundidad en el apartado “2.3.2. EL VALOR DEL TRABAJO”.

En segundo lugar, para explicar el ahorro, segundo pilar que construye el arquetipo del obrero consciente, se hace necesario abordar uno de los males que aquejan a la clase trabajadora: el alcoholismo. Se considera una enfermedad ligada al vicio a partir de mediados del siglo XIX: aquellos otros elementos negativos que también se le atribuyen, como la vagancia o la criminalidad, se imponen al obrero desde las élites como elemento diferenciador de clases<sup>47</sup>. El obrero ebrio se ve condenado por teóricos higienistas y otros sectores, como el socialismo o la burguesía. Pese a que el bebedor supone un problema para el orden social y moral, las tabernas constituyen también espacios de sociabilidad

---

<sup>46</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas...*, p. 233.

<sup>47</sup> Ricardo CAMPOS MARÍN: «Casas para obreros. Un aspecto de la lucha antialcohólica en España durante la Restauración», *Dynamis*, 14 (1994), p. 114.

obrero y, en muchas ocasiones, centros de reunión y origen de asociaciones políticas. Los obreros se embriagan y arruinan en las tabernas, pero también toman conciencia en estos espacios de sus derechos, y en estos se asocian para emanciparse en conjunto del poder establecido y ayudarse entre sí. Además, las tabernas trascienden su función de mero punto de venta de vinos y otras bebidas, para convertirse en centros de reunión para artistas, escritores, toreros y farándula de la capital. Sin embargo, una vez aclarada esta cuestión, el problema del alcoholismo de las clases obreras y el papel que juega la taberna en este es importante, al influir notablemente en la percepción que se tiene de este espacio. La eliminación del alcoholismo y la búsqueda del ahorro suponen el segundo pilar en la construcción del arquetipo de obrero consciente.

### **3. DIFERENTES DISCURSOS, UN MISMO MODELO DE MASCULINIDAD**

#### **3.1. La contrafigura del Don Juan**

La distribución de derechos y deberes en las relaciones de género en España en este contexto es de marcado carácter patriarcal, beneficiando así al hombre y perjudicando a la mujer. Esto deriva en un abuso de poder por parte del hombre, el cual es descaradamente protagonista de fenómenos como el adulterio o la irresponsabilidad paterna. Estos dos elementos caracterizan a la figura del Don Juan, uno de los símbolos de hombre español por excelencia. Mientras que en el mito barroco, producto de la pluma de Tirso de Molina, recibe su castigo eterno, el mito romántico de Zorrilla termina con la salvación de Don Juan gracias a la intervención de Doña Inés. En la obra de Zorrilla, la mujer queda situada como mediadora del hombre ante Dios<sup>48</sup>: Don Juan se rehabilita a través de Doña Inés. En este reflejo de la doble moral de la época, los excesos cometidos por Don Juan se perdonan, y este se convierte en un mito de gran atractivo cultural. Sin embargo, el halo de admiración que rodea a la figura del Don Juan se desvanece paulatinamente. Su descrédito parte desde el sector burgués, el socialista, el católico y los discursos liberales. Aunque ninguno de estos posee un perfil moral coherente, puesto que encontramos numerosos

---

<sup>48</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La peligrosa naturaleza de Don Juan...», p.18.

ejemplos donde trasgreden la ética que defienden, encuentran un punto de conexión en la crítica a los atributos masculinos y al tipo de hombre que representa el Don Juan<sup>49</sup>.

A partir de mediados del siglo XIX, los discursos liberales realizan una campaña de descrédito en contra del Don Juan. Es acusado de ser un mito de falsa moralidad cuyas aventuras son en la realidad una serie de irresponsabilidades. Las pulsiones masculinas se toman como un sinónimo de desorden social, por lo que se observan con recelo. El ideal liberal defiende el amor monogámico frente al adulterio del Don Juan, a quien ridiculizan y tachan de afeminado por hacer primar en su vida la búsqueda amorosa<sup>50</sup>. Esta denuncia de un modelo “erróneo” de hombre abre la puerta a la construcción de un nuevo ideal por parte de la producción discursiva liberal. Sin embargo, las críticas hacia la figura del Don Juan nacen también desde el sector socialista, al ir en contra de todo lo que representa el arquetipo de obrero consciente. El socialismo desprecia a las clases ociosas, afirmando así la moral y el valor que posee la clase obrera. El trabajo es uno de los dos pilares del modelo de hombre para el socialismo, y es una actividad que dignifica. El “señorito” se equipara con el Don Juan en la producción discursiva socialista. Ninguna de estas dos figuras es trabajadora: no amparan ni sostienen a su familia, sino que de hecho la desatienden en muchas ocasiones. Tampoco suelen ser monógamos ni ahorradores, sino que se dedican al juego, al derroche y al vicio, por lo que son duramente criticados desde el socialismo.

La doble moral representada por el Don Juan no hace referencia solo a las diferencias entre los dos sexos, sino también a otras que derivan de la clase social. El código moral de este periodo está no solo al servicio de los hombres, sino que también favorece a las élites. Por ejemplo, la figura del Don Juan o el “señorito” es aún más temida por la clase obrera, puesto que puede hacer uso de su posición privilegiada para abusar de las operarias, modistillas o jóvenes con estrecheces económicas<sup>51</sup>. Representa los aspectos más injustos de la supremacía masculina, como el adulterio o la irresponsabilidad paternal. En

---

<sup>49</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: *Masculinidades en tela de juicio...*, pp. 54-57.

<sup>50</sup> ÍD.: «Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930...», p. 56.

<sup>51</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: *Masculinidades en tela de juicio...*, pp. 101-102.

España los liberales se arrojan a sí mismos una actitud protectora (e incluso casi de galantería) con sus mujeres; sin embargo, no las valoran por sí mismas, sino por sus papeles de esposas y madres<sup>52</sup>. Para estas élites, el Don Juan supone un peligro que puede afectar por igual a cualquier mujer, sin tener en cuenta criterios de clase o económicos. De esta forma, encontramos un matiz en la crítica a la figura del Don Juan: los liberales se muestran reacios a admitir que muchos hombres hacen uso de su posición o experiencia para aprovecharse de mujeres que están trabajando a su servicio. De esta forma, sale a relucir la doble moral característica de la clase burguesa, que se muestra condescendiente para con las “aventuras” de los suyos, pero condena con vehemencia la figura del Don Juan. Pese a encontrar un punto en común en el descrédito del Don Juan, la investigación no puede perder de vista los matices propios de cada sector.

Por otro lado, acontecimientos de la realidad social como la derrota en la guerra de Cuba o el auge del nacionalismo vasco modifican el ideal de hombre y refuerzan la crítica hacia el Don Juan. El concepto de civilización se ve condicionado por el género; en este sentido, la masculinidad se consolida como un campo de luchas ya no solo discursivas sino también políticas. En primer lugar, la crisis del 98 trae como una de sus consecuencias la descalificación del arquetipo masculino del español: el Don Juan deja de tomarse como modelo a seguir. Algunos países como los EE. UU., Inglaterra o Alemania padecen también crisis de la masculinidad nacional, en la que la realidad social altera y redefinen sus valores característicos<sup>53</sup>. La prensa extranjera crea la figura de un español embrutecido, pasivo y, como símbolo de la derrota, castrado. Este mancillamiento del honor nacional tiene como respuesta el esfuerzo liberal por acabar con la pereza y la inactividad de los hombres españoles. Quieren crear un modelo que abrace los valores del trabajo, el ahorro y el autocontrol. Para ello, pretenden recuperar la llamada “galantería española”, un comportamiento caracterizado por el respeto a las mujeres y el dominio de las razones sobre las pulsiones. La “galantería española” llevada hacia el modelo anglosajón de gentleman es contraria a la figura del Don Juan, el cual rehúye las responsabilidades familiares y se deja llevar por las pasiones amorosas. Para la

---

<sup>52</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: *Masculinidades en tela de juicio...*, p. 58.

<sup>53</sup> ÍD: «El “gentleman” y el bárbaro...», p. 88.

cultura liberal del siglo XIX, la nación es una agregación de familias que deben ser protegidas, por lo que una masculinidad deficiente afecta no solo a su núcleo familiar, sino a la sociedad entera. En segundo lugar, el nacionalismo vasco trata de crear una masculinidad propia, acabando con los problemas que para ellos degradan la identidad del español, identificada con el Don Juan. Se desvaloriza a este último de dos formas: feminizándolo (hipomasculinidad) o embruteciéndolo (hipermasculinidad). En cualquiera de los dos escenarios, el español es un “otro” frente al que se construye la masculinidad normativa vasca<sup>54</sup>. Sin embargo, algunas de las cuestiones morales que critica el nacionalismo vasco del español, como la taberna, el juego o la prostitución, son atacadas también por los sectores socialistas y liberales<sup>55</sup>.

Liberales y socialistas coinciden en la crítica hacia la figura del Don Juan y todo lo que esta representa, pese a los matices propios de cada sector. Está en las antípodas de sus propios modelos de hombre, por lo que se ve desacreditado. Para ello, además de los argumentos mencionados anteriormente, el Don Juan es afeminado por el hecho de estar más preocupado de su apariencia física y de sus conquistas amorosas que de trabajar o de contribuir al desarrollo de la sociedad. Don Juan no es un ejemplo de virilidad y galantería española, sino un farsante que comete fechorías y huye de lo que conlleva “ser un verdadero hombre”. Es un mal nacional muy extendido que, desde el punto de vista liberal y socialista, debe ser erradicado<sup>56</sup>. Para los dos sectores, la masculinidad verdadera pasa por el dominio de las pasiones, y no por la promiscuidad. El adulterio masculino, casi justificado durante gran parte del siglo XIX y permitido durante las primeras décadas del XX, comienza a recibir cierta reprobación a raíz del descrédito de la figura del Don Juan. El “verdadero hombre” controla y disciplina sus instintos: en él predomina la razón y no las pulsiones sexuales. Debe responder a sus deberes para con el trabajo, la familia y la sociedad. La pérdida de la propia virilidad es lo que realmente insta a los hombres a rechazar de forma casi mayoritaria una masculinidad como la del Don

---

<sup>54</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «El “gentleman” y el bárbaro...», p. 92.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>56</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La nueva mujer sexual y el varón domesticado. El movimiento liberal para la reforma de la sexualidad (1920-1936)», *Arenal: Revista de historia de mujeres*, 1 (2002), p. 146.

Juan. Sin embargo, los cambios, ambiciosos a la par que complejos, tardan en tener un reflejo en la práctica<sup>57</sup>. El ideal de fidelidad marital, austeridad, autocontrol y apego al hogar tarda en calar en el conjunto social. . A raíz de las primeras décadas del siglo XX, se construye una crítica común en contra de este arquetipo masculino, que se realiza con vehemencia por los socialistas y por desaprobación moral por los liberales. Los primeros orientan la figura del Don Juan hacia una identificación y crítica de los señoritos, mientras que los segundos no realizan una distinción de clase en esta masculinidad donde priman las pulsiones sexuales. A partir de las primeras décadas del siglo XX pasa de ser una mera propuesta de masculinidad a convertirse en una aspiración razonable, al amparo del progreso y la evolución de las relaciones de género<sup>58</sup>. La legislación laboral, así como otros factores como los cambios en la moral sexual o la reconsideración social de la maternidad abren camino al descrédito de la figura del Don Juan, y al modelo de hombre contrario a este.

La imagen del Don Juan es un escenario en el que se discute el propio modelo liberal masculino, dando lugar a un hombre que valora su hogar, su mujer, su trabajo y, por todo lo anterior, su nación. Asimismo, el ensalzamiento del trabajo y el autocontrol coinciden con el discurso enarbolado por los socialistas sobre su modelo de masculinidad. Todo ello debe ser analizado sin perder de vista los matices propios de cada sector: estos factores en común sobre el tipo de hombre se dirigen hacia objetivos distintos según el contexto discursivo. Las críticas hacia la figura del Don Juan por parte de liberales y socialistas son frecuentes desde finales del siglo XIX, pero resuenan con fuerza a partir de la década de 1920, en dos épocas marcadas por una crisis de identidad y de valores sobre las que se cierne la sombra del desorden social. En definitiva, la crítica al Don Juan es una forma de negación-oposición sobre la que liberales y socialistas construyen la propia masculinidad normativa.

---

<sup>57</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «La nueva mujer sexual y el varón domesticado...», pp. 148-149.

<sup>58</sup> ÍD: *Masculinidades en tela de juicio...*, p. 115.

### 3.2. El valor del trabajo

Los discursos liberales y socialistas presentan al trabajador como un sujeto productivo, a través de una identidad sexuada<sup>59</sup>. Los hombres se perciben más capaces para el desempeño de actividades productivas y públicas. Las mujeres quedan relegadas al ámbito privado y a las ocupaciones domésticas, y tienen como misión principal ser madres. Sin embargo, las obreras se ven obligadas a compatibilizar sus responsabilidades maternas con la realización de actividades remuneradas que contribuyan al mantenimiento de la economía familiar. En teoría, el obrero debe garantizar la supervivencia material de su núcleo familiar. De esta forma, trata de imitar el modelo de domesticidad de la clase liberal y el valor del trabajo que se marca desde esta. El sector socialista recoge esta concepción de responsabilidad como padre y como trabajador, y la orienta hacia la organización de los obreros en la lucha por sus derechos. Liberales y socialistas encuentran un punto en común al plantear que el hombre sea el “ganapán” de su familia; es decir, que con su único salario, todos los miembros de esta puedan salir adelante sin tener que recurrir al trabajo femenino.

Para los liberales y socialistas, que una mujer trabaje es sinónimo de la situación de miseria que atraviesa esa familia. Sin embargo, encontramos ciertos matices en esta afirmación. Los liberales señalan que esa miseria es provocada por el obrero, que decide derrochar su salario en la taberna, en el juego o en otras actividades reprobables. En cambio, los socialistas culpan a la explotación que sufren los obreros y a la injusta organización industrial capitalista de estas malas condiciones de vida. La penuria económica obliga a la mujer a trabajar para garantizar la supervivencia material de su familia, y, aunque el marido pudiera sentirse avergonzado por haber “fallado” en su papel de “ganapán”, esta situación es un fenómeno bastante extendido en la clase obrera. A partir de las décadas de 1860 y 1870, la postura de los trabajadores cambia, y se comienza a criticar que la progresiva feminización de algunas profesiones altera el orden

---

<sup>59</sup> Jesús DE FELIPE REDONDO: «Masculinidad y movimiento obrero español: las identidades masculinas obreras y el trabajo femenino, 1830-1870», *Historia, trabajo y sociedad*, 8 (2017), p. 66.

social. Es el caso de los cigarreros, por ejemplo<sup>60</sup>. Pese a todo lo anterior, la mujer siempre ha contribuido al mundo del trabajo de distintas formas, pero su actividad productiva ha quedado silenciada por el enfoque patriarcal hasta mediados del siglo XX<sup>61</sup>.

La concepción ilustrada posiciona al hombre como el sexo fuerte y a la mujer como sexo débil. En la Edad Moderna encontramos una división de carácter sexista en el trabajo que perdura hasta casi la actualidad<sup>62</sup>. En la visión liberal, el progenitor masculino debe ser el único sustento de su familia. A partir de 1840 surgen en España organizaciones de trabajadores que, en aras de cumplir con sus obligaciones como cabeza de familia, se unen para luchar por un sustento digno<sup>63</sup>. Consideran que su función de “ganapán” es un derecho natural que debe ser respetado por los empresarios, de cara a evitar que sus mujeres trabajen. Por ello, reclaman un aumento de los salarios. Asimismo, la feminización de la mano de obra siembra malestar entre los trabajadores, que se conciben como principales sujetos productivos y sustento de su familia. Sin embargo, la miseria a la que se ven sometidos los núcleos familiares de trabajadores abocan a la mujer obrera al trabajo. En algunas ocasiones, el derroche del progenitor masculino no contribuye a que la economía familiar, ya de por sí débil, pueda mantenerse en un mínimo que garantice la supervivencia material de la familia. Es entonces cuando la obrera abandona el hogar y se ve obligada a compaginar el papel de madre, un trabajo remunerado y la realización de tareas domésticas.

A pesar de todo lo anterior, organizaciones de trabajadores, socialistas y liberales no son los únicos protagonistas en el afán de moldear las conductas obreras. En primer lugar, la influencia del higienismo cobra fuerza a mediados del siglo XIX. Según los argumentos de los higienistas, la sustitución del trabajo masculino por mujeres e incluso por niños es una situación degradante. La

---

<sup>60</sup> Jesús DE FELIPE REDONDO: «Masculinidad y movimiento obrero español...», p. 77.

<sup>61</sup> Aurelia MARTÍN CASARES: «Género, trabajo y marginación: estereotipos explorados desde la antropología histórica», en Pedro OLIVER OLMO y Santiago CASTILLO (coords.): *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 178-179.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>63</sup> Jesús DE FELIPE REDONDO: «Masculinidad y movimiento obrero español...», pp. 74-76.

maternidad es una actividad clave para la supervivencia de la sociedad, y se considera que debe ser protegida. Además, el cuerpo de la obrera se convierte en un campo de teorización y estudio para el higienismo; por ejemplo, se extiende desde este sector la creencia de que el trabajo masculinizaría su fisionomía. A menudo se ha tratado de describir a la obrera como una mujer robusta y saludable, siendo esta figura una fuente de dignificación para la clase trabajadora<sup>64</sup>. Sin embargo, se impone la concepción de que el trabajo femenino asalariado es incompatible con el desempeño de las actividades domésticas, y que la obrera es, en muchas ocasiones, fuente de infección. Como se ha mencionado anteriormente, la mujer de la clase trabajadora es objeto de estudio para los higienistas, quienes analizan sus comportamientos y apariencia. Esto retroalimenta las corrientes anteriormente mencionadas, que abrazan aquellos puntos de las teorías higienistas que enriquecen más sus discursos. En segundo lugar, durante las décadas de 1920 y 1930 se extiende la idea de diferenciación sexual de Gregorio Marañón; las mujeres no son inferiores a los hombres sino distintas a ellos: su cuerpo está creado para la maternidad en vez de para el desempeño de actividades productivas. Tienen la capacidad justa y necesaria para trabajar, como se demuestra durante la Primera Guerra Mundial, pero, según Marañón, este no es su fin último en la vida. Mediante la renegociación de los deberes conyugales, el obrero debía convencer a su esposa de permanecer en el hogar al frente de las labores domésticas. Esta renegociación exige al obrero que posicione a su familia y al trabajo como las dos prioridades de su vida; en el caso del socialismo, a estos dos factores se debe sumar la lucha y defensa de su clase.

Estos discursos conciben al obrero como el “ganapán” de su familia, pero difieren en las causas por las que muchas veces esta situación no se produce en la realidad. Los liberales acusan al obrero de la miseria familiar por su derroche, vaguería, ebriedad y embrutecimiento; los socialistas atacan a la organización socioeconómica y al abuso burgués de sus estrecheces económicas. A pesar de que los dos discursos insten al obrero a considerar la actividad productiva como parte intrínseca de su masculinidad, la obrera suele

---

<sup>64</sup> Miren LLONA GONZÁLEZ: «Las contradicciones de la respetabilidad...», p. 50.

abandonar el ámbito doméstico para desempeñar un trabajo asalariado en pésimas condiciones que, además, debe compaginar con las labores domésticas. Pese a que el ideal del trabajador como único sostén de la familia es clave en la producción discursiva liberal y socialista, en la realidad se presenta más como una propuesta teórica lejos de ser puesta en práctica.

## **CONCLUSIONES**

El presente trabajo tiene como principal objetivo presentar un nuevo enfoque en el estudio del modelo de hombre obrero. Esta disertación toma como objeto de estudio la identidad masculina propuesta por la producción discursiva liberal y socialista en España, entre 1875 y 1931. Las escasas investigaciones sobre el tema confrontan estos y otros arquetipos obreros entre sí, extrayendo las características propias de cada uno. Las comparaciones entre los dos modelos de hombre propuestos por los discursos liberales y por los socialistas tienden a enfatizar las diferencias sobre las semejanzas. Es innegable que estas dos identidades subjetivas son distintas entre sí (como ya han puesto de relieve otros estudios y se reconoce en el presente). Sin embargo, como la masculinidad obrera es un campo de estudio poco desarrollado en España, se hace necesaria una visión de conjunto sobre los dos modelos que reconozca también la existencia de aquellos puntos en común. Por ello, esta breve disertación se orienta hacia la enumeración de las principales semejanzas entre el arquetipo liberal y el socialista, sin perder de vista aquellos matices propios de cada discurso.

Es innegable que el arquetipo de obrero consciente propuesto por los socialistas difiere en numerosos aspectos de la masculinidad liberal. El análisis de las formas de “ser hombre” creadas por los dos discursos exige recoger algunas de sus diferencias antes de ahondar en las semejanzas.

1. La producción discursiva socialista está orientada hacia la emancipación de la clase trabajadora en conjunto. Una de las formas de conseguir este objetivo es crear un obrero consciente que luche por liberar a su clase, y defienda su condición de trabajador. En este sentido, el socialismo trata de dignificar la figura del obrero; pese a compartir ciertos valores en común con los discursos liberales, los elementos propios socialistas tienen un gran peso en la construcción de su modelo de hombre. La anteriormente mencionada conciencia de clase es clave; los socialistas quieren que los obreros compartan entre sí un sentimiento de pertenencia a un mismo grupo, oprimido por el sistema socioeconómico y por la burguesía. Este sentimiento facilitaría una lucha enfocada a la emancipación colectiva de toda la clase obrera. Por

otro lado, el socialismo trata de crear un arquetipo obrero con unas marcadas pautas de comportamiento, especialmente respetuosas y fiel reflejo de una conciencia de clase. Para los discursos socialistas es esencial que el obrero participe en la Casa del Pueblo, así como en mítines o en otras actividades, organizadas para alfabetizar y culturizar a la masa trabajadora; asimismo, también tiene que abandonar el juego, los toros y la taberna, sustituyéndolos por la lectura de periódicos como *El Socialista*. La higiene y el aseo personal son también puntos clave que, junto con todo lo anterior, desmontarían la negativa visión de la figura del obrero.

2. Pese a que los discursos liberales y socialistas contemplan al obrero desde una marcada posición paternalista, la consideración de esta figura es distinta. Esto se puede ver reflejado en distintos aspectos: las causas que provocan el trabajo femenino, el origen de las pésimas condiciones de vida de los obreros, etc. Por ejemplo, los dos discursos rechazan que las mujeres realicen un trabajo asalariado (punto en común); sin embargo, cada uno explica de manera diferente cómo se llega a esta situación. Por un lado, la producción discursiva liberal culpa al obrero de su propia miseria; las estrecheces económicas que experimentan las familias de trabajadores se atribuyen al carácter y a la acción del *pater familias*. El obrero es tachado de ebrio, vago, embrutecido, derrochador... Las élites liberales acusan al obrero de ser el principal responsable de que su mujer abandone el hogar para trabajar de forma asalariada; para la producción discursiva liberal, una familia obrera puede salir adelante con solo un sueldo (el del *pater familias*) si el trabajador no lo pierde en la taberna o en otras actividades reprochables<sup>65</sup>. Por otro lado, la producción discursiva socialista señala a la organización socioeconómica como responsable de las estrecheces económicas de las familias obreras. Para evitar el fenómeno del trabajo asalariado femenino, los socialistas reclaman una subida del salario del obrero; se quiere conseguir que, con el único sueldo del *pater familias*, la familia pueda salir adelante sin el trabajo de la madre y esposa (concepción del trabajador como “ganapán”).

---

<sup>65</sup> El modelo de masculinidad liberal quiere que el obrero sea el baluarte de la economía familiar; es decir, un “ganapán”.

3. Cada discurso busca la imposición de su modelo de hombre obrero mediante distintas estrategias. Se debe mencionar cómo en una sociedad existen múltiples masculinidades de muy distinta condición: hegemónicas, normativas, subalternas o marginales, entre otras, puesto que existen muchas formas de “ser hombre”<sup>66</sup>. La presencia de una pluralidad de masculinidades conlleva una jerarquización y rivalidad entre ellas; asimismo, están condicionadas por distintos factores de entre los que sobresalen las relaciones de género y de poder, la clase o la propia realidad social. Esta tensión en torno a la identidad masculina responde a la concepción del género como campo de intervención liberal y socialista, en el que desdoblar su proyecto social, económico y político. Los argumentos que respaldan la masculinidad liberal recaen en la legitimidad que otorga la ciencia; apoyada por médicos e higienistas, la producción discursiva liberal defiende su modelo de hombre. Esta estrategia cala en el socialismo: por ejemplo, los dos discursos toman la teoría de diferenciación sexual de Gregorio Marañón como referente en la construcción de la masculinidad. No obstante, el sector socialista pone en marcha otro plan mediante el que legitimar su proyecto de obrero: pretende conectar con las emociones del trabajador, con aquellas subjetividades arraigadas en su subconsciente; apelan a la miseria que experimenta para dar sentido a su modelo de hombre, en el que es esencial la lucha y defensa de clases.

A pesar de la existencia de las innegables diferencias (y otras no mencionadas) presentes en los discursos liberales y socialistas, se pueden encontrar también semejanzas y valores en común presentes en su modelo de hombre obrero. Este trabajo ha puesto de relieve una serie de características compartidas, como el descrédito de la figura del Don Juan, duramente criticada por su irresponsabilidad, inmoralidad, afeminamiento, y sus (des)aventuras amorosas; la decadencia del donjuanismo está estrechamente unida con el

---

<sup>66</sup> Sería interesante analizar y confrontar entre sí otros modelos de hombre, reflexionando sobre el concepto “ser hombre”. En la historia de las masculinidades en España se ha comenzado a estudiar de forma relativamente reciente aquellas masculinidades de carácter subalterno, pero es un camino aún poco explorado. En este sentido, destacan algunos de los trabajos de Richard Cleminson, mencionados en el apartado 1.3. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA. Véase cita nº4.

ensalzamiento del trabajo y la concepción del obrero como “ganapán”, un pilar fundamental en la masculinidad liberal y socialista; o la crítica al trabajo femenino, pese a las discrepancias en sus causas. Asimismo, el modelo de hombre liberal comparte con el socialista comportamientos y actitudes: trabajo, austeridad, ahorro, monogamia o higiene personal, entre otros.

La producción discursiva socialista se ve influenciada por autores liberales pertenecientes a la pequeña burguesía; además, se sigue la línea de legitimación discursiva liberal: los argumentos científicos respaldan el discurso sobre masculinidad. En este sentido, sobresale la teoría de diferenciación sexual, defendida en España por Gregorio Marañón. Según esta, existen únicamente dos seres sexuados (puesto que hay un miedo muy extendido de la indefinición), cuyas características sexuales los orientan hacia caminos distintos: las actividades productivas, en el caso de los hombres, y las actividades reproductivas o de cuidado, en el caso de las mujeres. Esto significa que el fin último de las mujeres, por el hecho de serlo, es la maternidad, y no el desempeño de un trabajo asalariado. Se revaloriza la maternidad como paso previo necesario a la creación de un modelo de feminidad nuevo, apelando a una responsabilidad supuestamente intrínseca a la condición de “ser mujer”. Siguiendo esta línea, surgen numerosas iniciativas que tratan de convencer a la mujer para que regrese al hogar; no obstante, la mano de obra femenina aumenta de forma sustancial en Europa a lo largo del siglo XX. Este argumento científico de diferenciación sexual es ampliamente aceptado por los discursos liberales y los socialistas: los cambios en las identidades subjetivas renegocian el sistema de derechos y deberes. Se insta a la mujer a que cumpla con la misión social de ser madre, prometiendo a cambio un compromiso masculino con el bienestar económico de la familia a través de su trabajo. Liberales y socialistas sostienen que, con un salario masculino capaz de cubrir las necesidades familiares, el trabajo femenino asalariado sería innecesario.

En esta renegociación de derechos y deberes, se glorifica el trabajo, el autocontrol, la monogamia y la austeridad en el modelo de hombre obrero: en este ideal no tiene cabida el trabajo femenino asalariado<sup>67</sup>. Sin embargo, la

---

<sup>67</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: «Ideales y expectativas...», p. 77.

puesta en práctica de estos argumentos no llega a realizarse con éxito, pero sí modifican la identidad de las mujeres y de los hombres. La producción discursiva asume este y otros argumentos para criticar las injusticias sociales, para luchar por la emancipación de la clase obrera o para rechazar el trabajo femenino<sup>68</sup>. Por un lado, pese a que los discursos liberales y socialistas orientan su masculinidad hacia la consecución de fines distintos, la construcción de un arquetipo obrero responde a la intención en común de dirigir y modelar la conducta de los trabajadores. Se arrojan la autoridad y superioridad moral de pautar los comportamientos de la masa obrera, mostrando los dos un marcado carácter paternalista. Por otro lado, la construcción de cada masculinidad conlleva, mediante el principio de otredad, una serie de identidades subjetivas contrarias; es más, la masculinidad liberal y la socialista no sólo generan una serie de masculinidades subalternas, sino que definen los ideales de feminidad. Esto último se puede ver reflejado en la crítica al trabajo asalariado femenino: la definición del obrero como único sustento económico de la familia (“ganapán”) tiene como consecuencia unas pautas de comportamiento concretas para la obrera (madre y esposa)<sup>69</sup>.

Como ya se ha hecho mención a lo largo del trabajo, la jerarquización y rivalidad entre la pluralidad de masculinidades responde a factores como la realidad social, entre otros. En el presente trabajo se han expuesto de forma breve ciertas situaciones que alteran los ideales de masculinidad y feminidad en España: la Primera Guerra Mundial es un ejemplo excelente mediante el que estudiar la evolución de las identidades subjetivas y las relaciones de género. El ideal liberal de masculinidad predomina en España desde mediados del siglo XIX hasta la década de 1930, pero comienza a cambiar tras la experiencia de la Primera Guerra Mundial<sup>70</sup>. La completa dedicación de los hombres a la vida pública había relegado a las mujeres al ámbito doméstico, forzándolas a desempeñar tareas consistentes en el cuidado del hogar y de la familia. Esta situación empieza a denunciarse con mayor fuerza a raíz de la Primera Guerra

---

<sup>68</sup> Nerea ARESTI ESTEBAN: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas...*, p. 227.

<sup>69</sup> En el caso socialista se encuentra un matiz que debe ser señalado: las mujeres son las primeras educadoras de los hijos, la próxima generación de obreros, por lo que deben criarlos de forma consciente (lucha y defensa de la clase trabajadora).

<sup>70</sup> Mary NASH (coord.): *Feminidades y masculinidades...*, p. 10.

Mundial. En el caso de España se alzan voces en contra de este modelo de feminidad tradicional, el cual encasilla a las mujeres en el papel de madre-esposa. Asimismo, critican la legislación laboral del momento, que beneficia a los hombres a la vez que perjudica los derechos de las mujeres (especialmente los de las madres solteras). En un principio, este tipo de reclamaciones son recibidas con sorna o incredulidad, pero logran hacer temblar las bases que sostienen la concepción de inferioridad femenina. Este argumento se transforma lentamente en una teoría de diferenciación sexual, defendida en España por Gregorio Marañón y explicada en esta breve disertación.

La realidad social condiciona las identidades subjetivas, alterando las relaciones de género y las distintas formas de “ser hombre”: su construcción se realiza mediante un proceso de carácter simbólico en el que influyen factores socioeconómicos, sexuales o familiares, entre otros. Las situaciones que engloba la categoría de carácter social “ser hombre” son plurales, múltiples y variables; por ello, el presente estudio está delimitado por la producción discursiva liberal y socialista, en un marco espaciotemporal determinado (España, 1875-1931). Por todo lo anterior, el español se ve encasillado en categorías analíticas impuestas desde las élites, que se sitúan a sí mismas como ejemplo a seguir para el obrero: la producción discursiva de corte liberal le atribuye una hipermasculinidad distorsionada, en muchos casos de carácter delictivo. Asimismo, se le acusa de ser un hombre embrutecido, ebrio, sin autocontrol y con tendencias criminales. Esta visión, aunque parte desde las élites liberales, cuenta con el respaldo de teóricos higienistas; de esta forma, quieren frenar la decadencia en la que sostienen que se encuentra la sociedad española. Para ello, elaboran un tipo de masculinidad sobre la base de sus propios valores que, en teoría, convertiría al embrutecido obrero en un hombre recto y responsable. No obstante, esta concepción negativa sobre el obrero es también una manera de excusar la intervención de las élites, dueñas de la producción, sobre la clase trabajadora. El modelo de hombre que defienden los discursos liberales no está adaptado a la realidad social del trabajador; a pesar de lo anterior, si se aíslan algunos elementos de su concepción de “ser hombre”, se puede apreciar cierta similitud con las demandas del sector socialista.

Los discursos liberales y socialistas sobre masculinidad obrera crean realidades, al elaborar un modelo de hombre a seguir construido desde arriba. Las identidades colectivas propuestas por estos dos sectores permean en los sujetos de distintas maneras: en el caso del obrero, los discursos comienzan a influir de forma reseñable a partir de las décadas de 1920 y 1930. La Segunda República, el estallido de la Guerra Civil y la posterior instauración del régimen franquista alteran de forma radical las masculinidades, dejando en un segundo plano aquellas propuestas por liberales y socialistas, y dando pie a nuevos modelos de hombre. Por otro lado, se debe destacar el poder del discurso en la construcción de la subjetividad del sujeto; es decir, la influencia de la producción discursiva en la creación de una identidad que, en este caso, se trata de una masculinidad obrera hegemónica. Los discursos definen, educan y condicionan a los sujetos, los cuales, en muchas ocasiones, se comportan de acuerdo con lo que estos pautan. La producción discursiva se convierte en un terreno de conflicto sobre el que se producen luchas para imponerse: cada discurso lucha por hacer prevalecer su identidad o modelo de hombre que, a su vez, lleva implícito la crítica a la alteridad de este.

Se ha perfilado durante el presente trabajo un nuevo enfoque en el estudio de las masculinidades, basado en el análisis de las semejanzas existentes entre el discurso liberal y el socialista en torno al modelo de hombre obrero (sin dejar de reconocer las características propias de cada uno). En la pugna por la imposición de su arquetipo de obrero, se ha analizado cómo estos dos discursos construyen la identidad y la acción de los trabajadores españoles de diversas formas. La confrontación del modelo de hombre obrero propuesto por liberales y socialistas ha dado lugar a una serie de rasgos en común, como el valor del trabajo, la crítica a la figura del Don Juan o el rechazo al trabajo femenino. Sin dejar de reconocer los matices propios de cada sector, el presente estudio se ha enfocado en cómo los dos discursos, persiguiendo un mismo fin (la imposición de su modelo de ser hombre sobre los obreros), coinciden a lo largo de la construcción de un arquetipo obrero; de esta forma, se logra alcanzar el objetivo principal del trabajo: obtener una visión de conjunto sobre la masculinidad obrera liberal y socialista. No obstante, la brevedad de la extensión ha delimitado los horizontes de estudio, cuyo desarrollo sería interesante retomar en futuros

trabajos; la investigación de la masculinidad obrera es un camino poco desarrollado en España, cuya exploración se hace acuciante.

## RELACIÓN BIBLIOGRÁFICA

- ABELLÓ GÜELL, Teresa: «La sociabilidad burguesa ante la cuestión obrera», en Mónica MORENO SECO; Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT y GUTIÉRREZ Rosa Ana LLORET (coords.): *Del siglo XIX al XXI: tendencias y debates*, Alicante, Asociación de Historia Contemporánea, 2019, pp. 1019-1030.
- ABRIL MORALES, Paco y ROMERO DÍAZ Alfonso: «Masculinidades y usos del tiempo: hegemonía, negociación y resistencia», *Prisma Social*, 7 (2011), pp. 1-30.
- ÁLVAREZ URÍA, Fernando; HUERTAS GARCÍA, Rafael y CAMPOS MARÍN, Ricardo: *Medicina social y clase obrera en España (siglo XIX y XX)*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1992.
- ARBAIZA VILALLONGA, Mercedes: «Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890)», *Ayer*, 98 (2015), pp. 45-70.
- ARESTI ESTEBAN, Nerea: *El discurso científico y las relaciones de género en la sociedad española durante el primer tercio del siglo XX*, Tesis doctoral, Universidad del País Vasco, 1999.
- \_\_\_\_\_, *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001.
- \_\_\_\_\_, «La nueva mujer sexual y el varón domesticado. El movimiento liberal para la reforma de la sexualidad (1920-1936)», *Arenal: Revista de historia de mujeres*, 1 (2002), pp. 125-150.
- \_\_\_\_\_, «Ideales y expectativas: la evolución de las relaciones de género en el primer tercio del siglo XX», *Gerónimo de Uztariz*, 21 (2005), pp. 67-80.
- \_\_\_\_\_, *Masculinidades en tela de juicio: hombre y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2010.
- \_\_\_\_\_, «Masculinidad y nación en la España de los años 1920 y 1930», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42 (2012), pp. 55-72.
- \_\_\_\_\_, PETERS, Karin y BRÜHNE, Julia (coords.): *¿La España invertebrada?: masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*, Granada, Comares, 2016.
- \_\_\_\_\_, y MARTIKÁNOVÁ, Darina: «Introducción. Masculinidades, nación y civilización en la España contemporánea», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), pp. 11-17.
- \_\_\_\_\_, «El “gentleman” y el bárbaro. Masculinidad y civilización en el nacionalismo vasco (1893-1937)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), pp. 83-103.
- \_\_\_\_\_, «La peligrosa naturaleza de Don Juan. Sexualidad masculina y orden social en la España de entreguerras», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40 (2018), pp. 13-31.
- \_\_\_\_\_, «La historia de las masculinidades, la otra cara de la historia de género», *Ayer*, 117 (2020), pp. 333-347.

- BLANCO SOLER, Carlos: «Concepto biológico de la varonilidad», *El Socialista*, 28 de abril de 1926.
- BLASCO HERRANZ, Inmaculada (coord.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea: nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018.
- BURGOS ORTEGA, Inés: «Gregorio Marañón: sexo, trabajo y deporte», *Ágora*, 1 (2001), pp. 97-102.
- CAMPOS MARÍN, Ricardo: «El alcoholismo como enfermedad en la España de la Restauración. Problemas de definición», *Dynamis*, 11 (1991), pp. 263-286.
- \_\_\_\_\_, «La sociedad enferma: higiene y moral en España en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX», *Hispania*, 191 (1995), pp. 1093-1112.
- \_\_\_\_\_, *Alcoholismo, medicina y sociedad en España (1877-1923)*, Madrid, CSIC, 1997.
- \_\_\_\_\_, «El obrero abstemio. Salud, moral y política en el discurso antialcohólico del socialismo español a principios de siglo», *Historia Social*, 31 (1998), pp. 27-43.
- \_\_\_\_\_, HUERTAS GARCÍA-ALEJO, Rafael y MARTÍNEZ PÉREZ, José: *Los ilegales de la naturaleza: medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración, 1876-1923*, Madrid, CSIC, 2000.
- \_\_\_\_\_, «Movimiento obrero, higiene y salud pública en la España de la Restauración», en José MARTÍNEZ PÉREZ (coord.): *La Medicina ante el nuevo milenio: una perspectiva histórica*, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 2004, pp. 1065-1079.
- \_\_\_\_\_, «El deber de mejorar: higiene e identidad obrera en el socialismo madrileño, 1884-1904», *Dynamis*, 2 (2011). Recuperado de internet [fecha de consulta: 12/12/2020].  
[http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0211-95362011000200012](http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-95362011000200012)
- CANO GÁLVEZ, Margarita y MIRA ABAD, Alicia: «Masculinidad y heterodoxia: una mirada desde la literatura decimonónica», en Mónica MORENO SECO, Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT, Rosa Ana GUTIÉRREZ LLORET (coords.): *Del siglo XIX al XXI: tendencias y debates*, Alicante, Asociación de Historia Contemporánea, 2019, pp. 877-886.
- CARBONELL, Montserrat: «Género y previsión en la España del siglo XIX», en Rafael RUZAFÁ y Santiago CASTILLO (coords.): *La previsión social en la historia*, Madrid, Siglo XXI, 2009.
- CLEMINSON, Richard: «Marginados dentro de la marginación: prostitución masculina e historiografía de la sexualidad (España, 1880-1930)», en Pedro OLIVER OLMO y Santiago CASTILLO (coords.): *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 309-340.

- \_\_\_\_\_, «The Construction of Masculinity in the Spanish Labour Movement: A Study of the *Revista Blanca* (1923-1936)», *International Journal of Iberian Studies*, 3 (2011), pp. 201-217.
- CONNELL, Raweyn W: *Which Way is Up? Essays on Class, Sex and Culture*, Sydney, Allen & Unwin, 1983.
- \_\_\_\_\_, *Masculinities*, Cambridge, Polity Press, 1995.
- DE ALBORNOZ, Álvaro: *La instrucción, el ahorro y la moralidad con respecto a las clases trabajadoras*, Luarca, Talleres Gráficos Manuel Méndez, 1900.
- DE LA CALLE, M.<sup>a</sup> Dolores: *La Comisión de Reformas Sociales 1883-1903. Política social y conflicto de intereses en la España de la Restauración*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1989.
- DE PEDRO ÁLVAREZ, Cristina: «Amor, emociones y masculinidad en el Madrid popular de entreguerras», *Arenal: Revista de historia de mujeres*, 2 (2017), pp. 539-557.
- DÍAZ FREIRE, José Javier: «Cuerpos en conflicto: la construcción de la identidad y las diferencias en el País Vasco a finales del siglo XIX», en Mary NASH y Diana MARRE (coords.): *El desafío de la diferencia: representaciones culturales e identidades de género, raza y clase*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2003, pp. 61-94.
- \_\_\_\_\_, «El Don Juan de Unamuno como crítica de la masculinidad en el primer tercio del siglo XX», en Nerea ARESTI; Karin PETERS y Julia BRÜHNE (coords.): *¿La España invertebrada?: masculinidad y nación a comienzos del siglo XX*, Granada, Comares, 2016, pp. 13-28.
- \_\_\_\_\_, «Amor cortés, relaciones de género y orden social en las primeras décadas del siglo XX», en Helena HERNÁNDEZ SANDOICA; Teresa María ORTEGA LÓPEZ y Ana M. AGUADO (coords.): *Mujeres, dones, mulleres, emakumeak: Estudios sobre la historia de las mujeres y del género*, Madrid, Cátedra, 2019, pp. 19-136.
- \_\_\_\_\_, y LUENGO LÓPEZ, Jordi: «Presentación al Taller “Ser hombre” como problema: género, clase y nación en la construcción de las masculinidades modernas», en Mónica MORENO SECO, Rafael FERNÁNDEZ-SIRVENT, Rosa Ana GUTIÉRREZ LLORET (coords.): *Del siglo XIX al XXI: tendencias y debates*, Madrid, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, p. 814.
- DE FELIPE REDONDO, Jesús: «Masculinidad y movimiento obrero español: las identidades masculinas obreras y el trabajo femenino, 1830-1870», *Historia, trabajo y sociedad*, 8 (2017), pp. 65-85.
- DE LUIS MARTÍN, Francisco: «La cultura socialista en España: de los orígenes a la Guerra Civil», *Ayer*, 54 (2004), pp. 199-247.
- GALLEGO FRANCO, Henar (ed.): *Feminidades y masculinidades en la historiografía de género*, Granada, Comares, 2018.
- GARCÍA ÁLVAREZ, Luis Benito: «La taberna como espacio de sociabilidad popular en la época contemporánea», *Ábaco*, 37 (2003), pp. 111-114.

- HALL, Catherine: *White, Male and Middle-class. Explorations in feminism and history*, Nueva York, Routledge, 1992.
- LASAGA MEDINA, José, «Los donjuanes de Marañón: entre la biología y la historia», *Revista de Occidente*, 347 (2010), pp. 29-44.
- LLONA GONZÁLEZ, Miren: «Las contradicciones de la respetabilidad. Género y cultura política socialista en el primer tercio del siglo XX», *Historia y política*, 5 (2014), pp. 45-64.
- \_\_\_\_\_, «La imagen viril de la Pasionaria: los significados políticos de Dolores Ibárruri en la Segunda República y en la Guerra Civil», *Historia, trabajo y sociedad*, 36 (2016), pp. 263-287.
- LORA MEDINA, Alejandro: «Moral sexual y prostitución en el anarquismo español de los años treinta», *Ayer*, 116 (2019), pp. 191-216.
- LUENGO LÓPEZ, Jordi: «Masculinidad reglada en los lances de honor: desafíos burgueses en el cénit del fin de una época (1870-1910)», *Rúbrica Contemporánea*, 13 (2018), pp. 61-74.
- LUENGO TEIXIDOR, Félix: «Socialismo y “cuestión social” en la España de la Restauración», *Revista de Historia Contemporánea*, 29 (2004), pp. 735-758.
- MARVAUD, Ángel: *La cuestión social en España*, Madrid, Revista del Trabajo, (reed.) 1975, pp. 246-271.
- MINELLO MARTINI, Nelson: «Los estudios de masculinidad», *Estudios sociológicos*, 60 (2002), pp. 715-732.
- NASH, Mary (coord.): *Feminidades y masculinidades: arquetipos y prácticas de género*, Barcelona, Alianza, 2014.
- NOVELLA, Enric J.: «Medicina, antropología y orden moral en la España del siglo XIX», *Hispania*, 236 (2010), pp. 709-736.
- OLIVER OLMO, Pedro y CASTILLO, Santiago (coords.): *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid, Siglo XXI, 2006.
- PALOMEQUE LÓPEZ, Manuel Carlos: «La intervención normativa del Estado en la “cuestión social” en la España del siglo XIX», *Ayer*, 25 (1997), pp. 103-126.
- PARAÍSO ALMANSA, Isabel: «La mirada de un biólogo reformista: Marañón ante Don Juan», en Ana S. PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER (coord.): *Don Juan Tenorio en la España del siglo XX: literatura y cine*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 313-337.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel: *El obrero consciente*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- RANEA TRIVIÑO, Beatriz: *Masculinidad hegemónica y prostitución femenina. (Re)construcciones del orden de género en los espacios de prostitución en el estado español*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2019.
- ROS CUBEL, Nuria: *La vivencia de la masculinidad*, Tesis doctoral, Universidad de Valencia, 2004.